



Ángel de Saavedra, Duque de Rivas

El Duque de Aquitania

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Ángel de Saavedra, Duque de Rivas

El Duque de Aquitania

Tragedia en cinco actos

Tanto la pompa de holocausto rico,
cuanto la sencillez y fe sincera
con que el mortal su omnipotencia adora.

A. de S. R. de B.

A mi amada hermana doña María de la Candelaria de Saavedra

¡Oh tú, ninfa gentil del Manzanares,
que entre las más bellas y graciosas
que triscan en su orilla, de fragantes
flores la sien orlada, el albo cuello
de oro de ofir y perlas del Oriente,
descuellas como suele alba azucena
predilecta de Flora en el risueño
cultivado jardín! Torna un instante
a mí los ojos, do el amor se anida,
tórnalos, pues, a tu amoroso hermano,
y oye su voz y los llorosos versos
con que pinta el furor de las pasiones,

la austeridad de la virtud sublime
y la venganza atroz de los delitos.
Óyeme, hermana, y favorable acoge
esta mortal ficción que la engañosa
escena va a ocupar, y que felice
será si arranca de tu tierno pecho
un ardiente suspiro, o si humedece
tu rostro hermoso con sensible llanto.
Yo, acostumbrado a lamentar amores
en arpa de marfil, quise, atrevido
más altivo volar, y el sofocleo
coturno osé ceñir, y a Melpomene
pedí anheloso su puñal terrible.
Mas ¿cómo solo a la fragosa cumbre
donde mora arribar, sino siguiendo
las huellas de algún genio esclarecido
que a la cima subió? Nunca el polluelo
del águila caudal desplegar sabe
las alas temerosas y aun no firmes
por la inmensa región solo y sin guía.
La atroz venganza del inachio Orestes,
que allá en remotos siglos vio, extasiado
de Atenas el magnífico liceo,
y en nuestros días con mayores glorias
resucitó el ingenio honor de Italia,
mi guía ha sido en tan audaz empresa:
empresa que a tu amor sólo dedico,
y ora estudiosa estés y retirada,
con brillante pincel que el arte mueve,
imitando las bellas perspectivas
que en sus montes y selvas nos presenta
Naturaleza hermosa, y las cascadas
que dan vida al país, y los lozanos
chopos que agita el apacible ambiente,
copiándolos con tanto magisterio
que, engañados los ojos, se imagina
escuchar el susurro de las hojas
y ver la espuma del sonante arroyo;
ora te encuentres en festín brillante,
oyendo amores y abrasando pechos;
o bien en el salón de mármol y oro,
de cien antorchas al fulgor luciente,
y al concertado son de los violines,
diosa del baile y de las gracias diosa,
ostentes tu modesta gentileza
al medido compás girando el cuello,
y el delicado talle, y resbalando

el breve y ágil pie, que en vano esconde
de la fimbria talar el suave ondeo.
Niégate un punto al hervoroso aplauso
de la importuna turba de amadores,
y escucha a Elisa, tímida, inocente,
lamentar el rigor de su destino,
y mírala en los brazos de su hermano
amar, llorar, temblar... ¡Ay! Su ternura,
su fraternal cariño, es un remedo
del que en tu tierno corazón se anida
y hace el encanto de tus deudos todos,
y, aunque anhelan mis versos retratarlo,
no tanto alcanzarán... Mas sea, al menos,
mi entrañable amor testigo firme
este ligero don que hoy te tributo.
Harto pequeño, a fe; mas tú, por mío,
lo acogerás benigna. Así, el excelso
rey del Olimpo recibir, acaso,
más grato suele las humildes flores
que le presenta en rústicos altares
sencillo labrador, que el hecatombe
que en aras de oro y en soberbio templo
le ofrece el poderoso, pues no estima
anto la pompa de holocausto rico
cuanto la sencillez y fe sincera
con que el mortal su omnipotencia adora.

A. de S. R. de B.

PERSONAS

EUDÓN, usurpador, tío de
REYNAL, duque de Aquitania.
ELISA, su hermana.
LINSER, confidente de Eudón.
ARNALDO, antiguo escudero.
PUEBLO.
GUARDIAS.

La escena es en un salón del palacio de los duques de Aquitania.

La acción empieza a mediodía y acaba al anochecer.

Acto primero

ESCENA I

EUDÓN, ELISA y LINSER

EUDÓN. Modera tu dolor, enjuga el llanto,
que ofenden mi cariño y mi ternura.

Si te ha privado el áspero Destino
de los que el ser te dieron, hoy encuentras
en mí su amor. Hermano de tu padre
y su heredero en fin, tú eres la prenda
a quien mi amor consagro y mis desvelos.
Del claustro silencioso do creceras,
libre de los horrores y perfidias
de las facciones que hasta aquí cubrieran
de aflicción y de luto estos estados,
y do tu padre te dejó encubierta
cuando a reconquistar partió animoso
de Palestina la sagrada tierra,
te saca mi cariño, a que mi esposa
y la señora de Aquitania seas.

ELISA. Señor..., ¡ah!, por piedad... Dejad que inunden
las lágrimas mi pecho y no os ofendan.
Desastres e infortunios me circundan...
Un padre desgraciado, a quien la diestra
de un alevoso pérfido asesino
del sagrado Jordán en las riberas
arrebato a mi amor... La adversa suerte
de una madre infeliz, que a la hora mesma
que me puso en los brazos de la vida
la hundió la muerte en la quietud eterna,
y un hermano que existe miserable
allá en Jerusalén, entre cadenas,
son los bienes que el mundo ante mis ojos,
¡desventurada yo!, sólo presenta.
Educada, señor, en el asilo,
donde la paz y la virtud se albergan,
a su seno tranquilo y silencioso
volver y a su quietud mi pecho anhela.
Dejad que en él por siempre me sepulte,
ignorada del orbe... Ha que gobiernas

y mide y reflexiona mis razones,
y mi amor con tu suerte considera.
ELISA. ¡Oh Dios!... ¡Eterno Dios!...

ESCENA II

EUDÓN y LINSER

EUDÓN. ¿Has escuchado?...

LINSER. Advertí su obstinada resistencia.

EUDÓN. Obstinada en verdad. Mas ¿qué me importa?

Si su propio interés a convencerla
y el halago y dulzura no alcanzasen,
apelaré al poder y la violencia.

LINSER. ¡La violencia..., el poder! Señor..., perdona.

La lealtad que os profeso no lo aprueba.

¿Qué conseguís con este enlace?

EUDÓN. Amigo,
mi dominio afirmar.

LINSER. Pues ¿qué recelas?

EUDÓN. Con este objeto conservé su vida;
de Alberto y de Reynal es la heredera,
y en un contrario soplo de fortuna,
ella de mi poder el ancla sea.

LINSER. ¿Quién derrotar tu poderío puede
y el augusto esplendor en que te encuentras?

EUDÓN. ¡Oh funesto esplendor! Linser, no sabes
los horribles temores que me cercan,
el continuo afanar que me devora,
el espanto que siempre me atormenta;
desde que, conseguidos mis deseos,
en mí Aquitania a su señor venera.
Cuando de envidia y de rencor roído
mi triste corazón, en la suprema
autoridad miraba a aquel hermano,
cuyo poder y cuya gloria excelsa
siempre eran torcedores espantosos
de mi sañudo pecho y alma fiera,
juzgaba que, en logrando sus dominios,
la dulce paz y la quietud tendieran
sus alas sobre mí... Mas, ¡dura suerte!,
despareció mi hermano de la Tierra,
ocupé su dosel, señor me veo
de Aquitania; su imperio, sus riquezas,
todo es mío, Linser; pero no acaban
mis tormentos..., ¡oh Dios!... Doquier me queja
el recuerdo cruel del fratricidio
y encuentro dondequier agrias sospechas.
El pueblo me obedece, el mundo ignora

ni antiguo servidor ni parcial queda;
Arnaldo y nadie más le sobrevive.
A sus ojos la trama fuer encubierta,
y, fiel a tu familia, ama tu nombre
y por señor te acata y te respeta.

EUDÓN. Mas vive mi sobrino: Reynal vive.

LINSER. Allá en Salén, cargado de cadenas.

EUDÓN. De horror me hieló al pronunciar su nombre.

Se acerca al quinto lustro... ¡A Dios pluguiera
arrebatarlo a la espantosa tumba
de su padre infelice por las huellas!

LINSER. Harto seguro está su tierno cuello
atado al yugo del triunfante persa,
y muerto habrá tal vez. Mas ¿Rotolando
desde Chipre, señor...?

EUDÓN. Siempre está alerta
para oponerse a que rescate logre
y hacer su servidumbre más estrecha.

LINSER. Y aunque su libertad Reynal consiga,
yace su nombre en hondo olvido; apenas
se acuerda el pueblo de él, y nada puede
sin opinión, sin deudos, sin riquezas.
Abyecto y avezado a servidumbre,
y joven aun, ni osara...

EUDÓN. Arnaldo llega.

ESCENA III

EUDÓN, LINSER y ARNALDO

ARNALDO. Señor, un caballero que de Chipre
acaba de llegar, veros desea.

EUDÓN. ¿Y le conoces tú?

ARNALDO. Jamás le he visto.

EUDÓN. ¿Es joven?

ARNALDO. Joven es.

EUDÓN. ¿Y manifiesta
su condición el traje?

ARNALDO. De guerrero.

EUDÓN. ¿Y dice que pretende...?

ARNALDO. Daros nuevas
de vuestro amigo el conde Rotolando.

EUDÓN. Condúcele al momento a mi presencia.

ESCENA IV

EUDÓN y LINSER

EUDÓN. Linser, noticia de Reynal, sin duda,
me envía Rotolando.

LINSER. ¿Y qué os altera?

EUDÓN. Nada, Linser... ¿Será tal vez su muerte?

LINSER. Ya lo vais a saber, que el joven entra.

EUDÓN. ¡Qué aspecto tiene tan gallardo y fiero!

ESCENA V

EUDÓN, LINSER, REYNAL, ARNALDO y GUARDIAS

REYNAL se detiene al entrar con muestras de turbación, mira ferozmente a EUDÓN y luego se reporta. ARNALDO se retira al punto.

EUDÓN. ¿Qué os detiene? Llegad...

REYNAL. Allá en la guerra,
nacido y educado y siempre lejos
del fausto y brillo y de la pompa regia,
de este palacio el esplendor me turba,
y me turba también vuestra presencia.

EUDÓN. Acercaos. ¿Quién sois?

REYNAL. Un caballero.

EUDÓN. ¿Vuestro nombre?

REYNAL. Clonard.

EUDÓN. Vuestra nobleza
se deja ver en talle y compostura.

¿Y a quién buscáis?

REYNAL. A Eudón.

EUDÓN. Al que venera

por su duque Aquitania.

REYNAL. Al que se nombra
tal.

EUDÓN. Y bien: ¿qué queréis?

REYNAL. De una funesta
noticia soy el portador.

EUDÓN. ¿El conde
Rotolando os envía? ¿Y cuáles nuevas?

REYNAL. Reynal, vuestro sobrino...

EUDÓN. ¿Qué?...

REYNAL. A mi labio
permitidle, señor, que lo refiera.
Reynal, vuestro sobrino, que, cautivo,
abrumado de oprobio y de cadenas,
vivió en Jerusalén...

EUDÓN. ¿Qué, por ventura,
salió de esclavitud? ¿Libre se encuentra?

¿Logró romper las bárbaras prisiones
y animoso, tal vez, a Francia vuela?

¿Y...? Decid... Acabad.

REYNAL. No es tan feliz
mi mensaje. Calmaos.

LINSER. (Mirando a EUDÓN.)

¡Oh, cómo tiembla!

EUDÓN. ¿Murió acaso?... Decid: ¿su edad florida es ya despojo de la Parca horrenda?

REYNAL. Vos lo decís.

EUDÓN. ¿Y cómo...?

REYNAL. Qué, ¿es extraño, en medio del horror de la miseria de su suerte infeliz? Un tierno joven, preso, aherrojado y siempre en las tinieblas de las negras, hondísimas mazmorras, ¿cómo arrastrar su mísera existencia por más tiempo alcanzara?...

EUDÓN. Y vos, en Chipre...

REYNAL. El conde me detuvo, hasta que cierta fue la noticia del fatal suceso, y me encargó que a vos la refiriera.

EUDÓN. ¿Y estáis seguro...?

REYNAL. El conde Rotolando...

EUDÓN. No; jamás me engañó, que a la sincera amistad que le tengo corresponde.

Linsér, si no supiera con certeza la muerte de Reynal, juzgo que nunca...

LINSER. Ya conocéis del conde la prudencia; no tenéis que dudar...

EUDÓN. ¿Y sólo a Francia el darme esta noticia tan funesta os conduce, Clonard?

REYNAL. Al mismo tiempo vengo a buscar una perdida herencia.

EUDÓN. Contad en vuestro auxilio, desde luego, toda mi autoridad y mis riquezas.

REYNAL. Sí; vos me ayudaréis a recobrarla.

EUDÓN. Aunque el mensaje vuestro me atraviesa el alma de dolor, pues mi sobrino era mi único afán, la unión estrecha que me ha ligado al conde Rotolando, que a mi palacio os dirigió, me empeña en vuestra protección y en vuestro obsequio. ¡Hola, Arnaldo!

ESCENA VI

Los mismos y ARNALDO

ARNALDO. Señor...

EUDÓN. Que aquí se hospeda el caballero de Clonard. ¿Descanso, sin duda, desearéis?

REYNAL. Mi alma lo anhela.

¡Ah!... Yo le vi nacer, que ya escudero
entonces era de su heroico padre;
pero ¡cuántas desgracias!... ¡Oh recuerdos!...
Perdonad mi dolor. ¡Ay!, me parece
que al infeliz Reynal ora estoy viendo,
cuando armado salió para el combate,
donde fuer cautivado... Un dulce beso
di a su frente al ceñirle el rico casco,
que ornaba un blanco airón. ¡Qué noble fuego
en sus ojos ardía!... ¡Desdichado!
No le he vuelto a ver más... Aquel perverso
de Clariñar se lo entregó a los persas,
con otros veinte jóvenes guerreros.
¡Cuál fuer la pena de su amante padre!...
Pero ¿os estremecéis? ¡Ah, si vos mismo
le hubierais conocido!... ¡Cuán gallardo!
Del quinto lustro ya no andaba lejos...
La edad vuestra, a mi ver... ¡Oh triste joven!
¡Hijo infeliz del infelice Alberto!...
¿Por qué la horrible muerte no ha segado
de este inútil anciano el débil cuello,
en vez del hilo de tu amada vida?...
¡Ay, cuánto luto y lágrimas y duelo
causarás a Aquitania, que, anhelosa,
ansiaba quebrantar tus duros hierros!

REYNAL. ¿Que con Eudón, decís, no está contenta?

ARNALDO. ¡Eudón!... De estos estados el gobierno
tomó, a falta del joven sin ventura,
que allá en Jerusalén, ¡oh Dios!, ha muerto.
Y hoy su dominio afirma para siempre,
pues le une con Elisa el himeneo.

REYNAL. ¿Con Elisa...?

ARNALDO. Señor, es una hermana
del infeliz Reynal.

REYNAL. ¡Qué escucho!... ¡Cielos!
¿Y ella accede gustosa...?

ARNALDO. Ayer el duque,
a este fin, la sacó del monasterio
donde educada está; pero imagino
que su inocente y virtuoso pecho
resiste el duro enlace... Mas ¿qué puede
su repugnancia, ¡ay Dios! contra el supremo
querer de Eudón?... ¿Acaso hay quien se atreva
a contrariar en algo sus deseos?...

REYNAL. Qué, ¿tanto el pueblo le respeta y ama,
o tanto teme...?

ARNALDO. Todos con respeto

lo miramos, señor; siempre leales
los aquitanos y sumisos fueron.
Pero en Reynal su amor cifrado estaba,
y el cobrar a Reynal era su anhelo.
Él era la esperanza del estado;
nadie más que él reinaba en nuestros pechos.
REYNAL. ¿Y cómo si en edad tan tierna el triste
dejó estos muros y el hogar paterno
os acordabais de él?... ¿Y qué esperanzas
de él pudo concebir, decid, el pueblo?

ARNALDO. ¡Ay señor! De su padre malhadado
latía la sangre en su inocente pecho.
Y el hijo de aquel padre no podía
sino ser héroe, justo, amable y bueno.
¡Oh mundo miserable!... El virtuoso,
¡el que puede a los hombres dar consuelo!,
desaparece de tu faz, y en tanto,
el malo triunfa, y bárbaro y soberbio,
oprime entronizado a los mortales
y dilata sus años largo tiempo,
colmado de ventura y de delitos...
¡Gran Dios! Humilde, adoro los decretos
de tu alta inescrutable providencia.
Si al opresor toleras y al protervo,
el brazo de tu ira les prepara
un castigo sin fin, sin fin tormentos.
Mas ¿dó me arrastra mi aflicción?... ¿Adónde
mi afanoso penar? ¡Oh, caballero,
perdonad estas lágrimas copiosas
a la lealtad de un angustiado viejo!
De amargura cubiertas estas canas,
de amargura se ven desde el momento,
desde la hora fatal, que entre mis brazos
murió el heroico y malhadado Alberto.
¡Sí, en mis brazos murió!... Los asesinos...

REYNAL. Basta, basta, no más. ¡Fatal recuerdo!
¡Padre, adorado padre! Aún hay leales...
Aún quien venere tu memoria encuentro.
Aún respira tu hijo... Sí: ¡venganza!
¿Venganza quieres?... La tendrás.

ARNALDO. ¡Oh cielos!
¿Qué dice vuestro labio? Un sudor frío
inunda en torno mis cansados miembros.
Un pálido temblor... ¿Quién sois? ¿Por dicha...?

REYNAL. Arnaldo, Arnaldo fiel, llega a mi seno.
No más fingir: yo soy Reynal.

ARNALDO. ¿Qué escucho?

REYNAL. Mira esta cicatriz, que tu desvelo
me curó de la flecha silbadora
que en Jope recibí. Mira en mi seno
la cruz pendiente que me dio mi padre
al salir al combate, y que consuelo
fuer allá en mi esclavitud. ¿Me reconoces?
ARNALDO. Dad que ciñan mis brazos vuestro cuello.
¿No os he de conocer? Vos sois, no hay duda.
Bese yo vuestros pies y muera luego.
¡Señor!... ¡Señor!... ¡Oh día el más felice
de cuantos respiré...! Sépalo el pueblo;
sepa que su Reynal, libre y gallardo,
en Aquitania está... Ya no te temo,
¡oh muerte!, llévame, que ya descanso,
pues cobré a mi señor, será tu sueño.
Yo corro a publicar...

REYNAL. Arnaldo amigo,
¿adónde tu lealtad te arrastra? ¡Oh cielos!
¿Sabes acaso, anciano venerable,
el peligro inminente en que me encuentro?
Todo lo ignoras, ¡ay de ti! Mi labio
te hará patente tan fatal secreto,
y temblarás.

ARNALDO. Señor...

REYNAL. Si me conoces
por sucesor del desdichado Alberto,
por tu duque y señor...

ARNALDO. A vuestras plantas
pleito homenaje...

REYNAL. Arnaldo, satisfecho
estoy de tu lealtad. Jura en mis manos
sepultar en hondísimo silencio
que yo estoy vivo y libre, hasta que llegue
la ocasión anhelada...

ARNALDO. El alto Cielo
en la mansión del bátratro profundo
me hunda si tu mandato no obedezco.
Soy fiel, soy sigiloso...

REYNAL. De tus prendas
tendrás, Arnaldo, el merecido premio.
Mas dime: ¿viven Boemundo y Mouti?

ARNALDO. Cuando volví a la Francia con los restos
de los nobles valientes aquitanos
que a Palestina con tu padre fueron,
estos estados míseros ardían
de la discordia en el horrible fuego
y al furor de los bandos y facciones,

Boemundo y Mouti víctimas cayeron
de su noble lealtad, también Ricardo
y el denodado Enrico y otros ciento.
Que todo fuer matanza, horror y sangre,
hasta que al fin Eudón consiguió el cetro.

REYNAL. ¡Oh Dios!... ¿Y Linel?...

ARNALDO. Vive retirado
en el antiguo y santo monasterio
contiguo a este palacio. Allí, sumido
en el descanso y paz, goza sereno
el aura dulce de la santa vida.

REYNAL. Y dime, amigo Arnaldo... Mas ¿qué veo?
¿Quién llega a este lugar?...

ARNALDO. Es vuestra hermana

REYNAL. Aléjate de aquí. Luego podremos
con mayor detención...

ARNALDO. Señor, acaso...

REYNAL, Auséntate, ¡oh mi amigo!

ARNALDO. Os obedezco.

ESCENA II

REYNAL, solo

REYNAL. ¿Aun más fingir?... ¡Oh Dios!... ¡Mi dulce hermana!
¿Y no la he de estrechar contra mi pecho?...
Es harto joven... De sus tiernos años...
No es prudencia arriesgar tanto secreto.
Ya llega. Sí; disimular me cumple.

ESCENA III

REYNAL y ELISA

ELISA. ¿Sois vos?... Señor... ¿Sois vos?...

REYNAL. ¿Quién?... ¡Dios eterno!

Yo soy... Mas ¿preguntáis...? ¡Ah!... ¿Por ventura...?

ELISA. Qué, señor, ¿no sois vos, el caballero
que a este palacio trajo la noticia,
desde Chipre, del fin triste y funesto
del infeliz Reynal?...

REYNAL. Yo... Sí, señora.

ELISA. ¿Conque no hay que dudar?... ¡Santo Cielo!

Ya todo lo perdí..., todo... ¡Infelice!

Sólo me resta llanto y luto eterno.

REYNAL. ¿Llanto y luto, señora...? ¿Llanto y luto,
cuando van los placeres de himeneo
a coronar tu plácida existencia,
dando a tus manos de Aquitania el cetro?

ELISA. ¿Qué pronunciáis, señor?... Antes la muerte.
¿Placeres para mí? Ya concluyeron.

La esperanza de verme entre los brazos
de mi hermano, ¡oh dolor!, lo fue algún tiempo.

Mas ya, ¡desventurada!, suerte adversa.

¿En dónde mi aflicción tendrá consuelo?...

Vuelva por siempre el claustro retirado
a ocultar mi afanoso abatimiento.

REYNAL. ¿Y así el cariño desecháis, esquiva,
de Eudón?... Decid... ¿Y así...?

ELISA. Yo le respeto,
mas nunca le amaré, ni a sus propuestas
puede acceder jamás mi triste pecho.

REYNAL. ¿Conque jamás concederéis la mano...?

ELISA. Jamás, jamás. Lo juro; el alto Cielo
conoce la verdad de mis palabras.

REYNAL. Y yo también.

ELISA. ¡Señor!... Pero ¿qué advierto...?
¿Os demudáis?...

REYNAL. ¡Elisa!...

ELISA. ¿Qué?...

REYNAL. ¡Ay Elisa!

¿Dó el cariño me arrastra?

(Aparte.)

El lazo estrecho

de la dulce amistad me unió a tu hermano.

Y...

ELISA. ¿Erais su amigo vos?... ¿Dónde?...

REYNAL. Secreto

prometedme, señora. En Aquitania
ocultar mi amistad con Reynal debo,
y la causa sabréis y tales nuevas,
que harto os importarán.

ELISA. Mas ¿qué misterio,
que no me es dado penetrar...? ¡Oh amigo
de mi hermano infeliz! Decidme, os ruego...

REYNAL. ¡Tierna Elisa!... Reynal... ¡Oh Dios! ¿Quién llega?

ELISA. ¡Ay!... Linsér, el amigo y consejero
del duque Eudón.

REYNAL. Disimulad, Elisa.

Ved que si no por siempre nos perdemos.

ESCENA IV

REYNAL, ELISA y LINSER

LINSER. Señora, ¿en este sitio...?

REYNAL. De mi labio
quiso escuchar el trágico suceso
de su hermano infeliz...

ELISA. Sí; ¡dura suerte!,

Linser, ya no me resta ni el consuelo
de poderlo dudar... ¡Desventurada!
A la nueva cruel cumplido asenso
negué, porque en mi mente no cabía
este golpe fatal... Mas, ¡ay!, es cierto
y no lo dudo ya... Murió mi hermano.
Le perdí para siempre... ¡Dios eterno!
LINSER. Y ¿qué lográis con vuestro inútil llanto?...
Templadlo un poco, hermosa Elisa, os ruego,
y escuchadme tranquila. A vuestra estancia
os fuí a buscar; al ver que no os encuentro
corro todo palacio, y mi ventura
me os depara, por fin. ¡Oh caballero!
Si os place, retiraos.
REYNAL. (Aparte, menos el último verso.)
¿Aún éste oprobio?
¿Aún hay más tolerar?... Bien, ya me ausento.

ESCENA V

ELISA y LINSER

ELISA. ¿Qué pretendéis, Linser, de esta infelice,
que con tal aparato y tal secreto
la venís a buscar?

LINSER. La negra suerte
que os persigue sin fin piadoso veo,
y hacer en cuanto alcance vuestra dicha
es, Elisa divina, lo que anhele.

ELISA. ¿Vos mi dicha, Linser?...

LINSER. Señora, oídmme.
(Reconoce las avenidas.)

Esperad. Sin temor hablaros puedo.
¿Enlazaros pensáis a vuestro tío?

ELISA. Sólo al claustro tornar es lo que pienso.

LINSER. ¿Al claustro?

ELISA. Sí, Linser.

LINSER. Qué, bella Elisa:
¿el ancho campo que tenéis abierto
de gloria y de poder...?

ELISA. ¡Dios!... ¿Qué pronuncia
vuestro labio?... De llanto y luto eterno
es el campo que sólo me presentan
mi estrella infausta y mi destino adverso.

LINSER. ¡Inocente!... Educada en el retiro
de la pura virtud, del mundo lejos,
ignoráis que heredera de Aquitania
sois solamente vos... El brillo excelso,
el poder que circunda a vuestro tío,

todo, divina Elisa, todo es vuestro...

¿Y lo habéis de perder?...

ELISA. Y ¿cómo puede
una débil mujer regir el cetro?

Bien en manos de Eudón está. Gustosa
a su presencia y su valor lo cedo.

Y vuelva yo a llorar mis infortunios...

LINSER. ¿Qué es ceder?... ¿Qué es ceder?

ELISA. En este pecho
no mora la ambición.

LINSER. ¡Y ambición fuera!...

ELISA. Eudón gobierne, pues.

LINSER. ¿Juzgáis que el pueblo
admitirá vuestra cesión...?

ELISA. ¿Y acaso

qué ventajas lograra si el gobierno
viera en poder de una infelice joven,
perseguida sin fin del hado acerbo,
hija infelice de infelice padre?

¿O qué ventajas esperar yo puedo,
sino tal vez mayores infortunios,
cargos y funestísimos recuerdos?

¡Ay! No, jamás, jamás; anhele el solio
otra más venturosa.

LINSER. El alto Cielo

a vos os designó para ocuparlo,
y contrariar no es dado sus decretos.

Si vuestros tiernos años juveniles
de experiencia carecen y de esfuerzo,
aún hay en Aquitania, ¡oh bella Elisa!,
prudentes y esforzados caballeros
que os servirán leales con sus armas
y con su autoridad y sus consejos.

En ellos elegir debéis esposo,
que afirme vuestra herencia... Y algún pecho,
que arde por vos en insaciable llama
pronto está, hermosa Elisa...

ELISA. ¡Ah! No pretendo
más que volver al plácido retiro...

LINSER. No; no debéis volver. El trono excelso
os llama en alta voz. Harto conozco
que hay que vencer estorbos, hollar riesgos
para llegar a él... Pero ¿qué importa?
Nada... Aquí me tenéis... Estoy resuelto
a hacer todo por vos... Vuestra inocencia,
vuestro candor, los infortunios mismos
que os acosan, ¡oh Elisa!, desde el punto

que abristeis a la luz los ojos bellos,
me interesan por vos. Y por serviros
diera mi sangre y vida... ¡Ah!... ¡Si por premio
lograra yo...! Mas..., ¡ay!, divina Elisa,
que perdonéis mi agitación espero...
Educada en el claustro silencioso,
ignoráis la vehemencia, los efectos
de una ardiente pasión... ¡Cielos!... ¿Qué digo?
Este brazo, señora, y este acero
en vuestro auxilio son. Amor los rige
inflamando a la par aqueste pecho:
no seáis ingrata. ¡Oh Dios!, subid, subid al punto
al trono augusto, al venerando imperio.

ELISA. No os entiendo, Linsér... ¡Ay!, si ocuparlo
quisiera yo, decid: ¿no era más cierto
ceder a las instancias de mi tío?...

LINSER. ¿Qué decís?... ¡Inocente!... ¡Dios eterno!...
¿Uniros con Eudón?... ¿Con vuestro tío?...
Si consintierais tal..., ¡sagrado Cielo!,
llegara día de terror, de espanto
en que, rasgado un tenebroso velo,
que no os es dado penetrar, la muerte,
la muerte demandareis por remedio
de involuntario error... Todos los males
del orbe, los más hórridos tormentos,
las penas que os circundan y os agobian
y los mismos suplicios del infierno,
nada fueran, ¡oh Elisa!, comparados
a los que desgarraran vuestro pecho.
Temblad, temblad...

ELISA. (Muy turbada.)

¿Qué pronunciáis?... No alcanzo...
De terror me llenáis... ¡Ah!... Me estremezco...
¿Qué agitación os turba?... Me retiro...
Estáis fuera de vos...

LINSER. (Con extrema agitación.)

Sí; sorprenderos
puede tal vez Eudón en este sitio.
Guardad en profundísimo secreto
cuanto habéis escuchado de mi labio,
y sabed que en amor arde mi pecho,
y sabed que yo solo libertaros,
yo solo, y nadie más, ¡oh Elisa!, puedo
del horrible y oculto precipicio
que ante vos, infeliz, se encuentra abierto.

Acto tercero

ESCENA I

REYNAL y ARNALDO

ARNALDO. Obediente, señor, a tus preceptos,
aún pavoroso y yerto del espanto
que me ha inspirado la horrorosa historia
que atónito escuchara de tu labio,
torno a las plantas, que leal venero,
a recibir tus órdenes, ansiando
ver la sangre inocente de tu padre
vengada cual merece, y al tirano,
trémulo ante tus pies, de los horrores
de su terrible crimen abrumado,
rendir el detestable impío cuello
al justo impulso de tu regio brazo.

REYNAL. Lo verás, lo verás. Del alto Cielo
ya se desploma resonante el rayo
tremendo y vengador sobre su frente,
que, aunque a veces tolera a los malvados
para azote del mundo, al fin los hunde
y llega inexorable a castigarlos.

ARNALDO. Pero, ¡oh señor!, prudencia. La prudencia
debe alumbrar tus escondidos pasos.
Y ya que la fortuna tus cadenas
rompió propicia, y con piadosa mano
te arrancó de los muros de Solima,
te ocultó del infame Rotolando,
te trajo disfrazado hasta Aquitania,
hasta tu alcázar mismo, hasta mis brazos,
la benigna influencia de los cielos
no malogremos pues. Es necesario
esperar la ocasión. Y la cautela,
y el sigilo, y la astucia, y el recato
coronarán tus justas intenciones.

REYNAL. Y qué, ¿aún más esperar?... El Cielo santo
dé tolerancia a mi indignado pecho
para tanto sufrir. Avergonzado
estoy ya de ocultar mi egregio nombre
delante del traidor... ¡Ah!... No es de honrados
que la justicia en su demanda tienen,
apelar a la fraude y al engaño.
Del bueno es la verdad, y la mentira,
el arma del inicuo... ¡Oh fiel Arnaldo!
Cada vez que a mis ojos se presenta

el vil Eudón, el asesino!... ¡Cuánto,
cuánto me tengo que vencer!... Mil muertes
mejor quisiera... ¡Oh Dios!... ¿Con un tirano
mentir yo y degradarme?... ¡Negra afrenta!
ARNALDO. Es forzoso, señor. Con los malvados
que la virtud y que el honor desprecian
no es delito fingir... Decidme: ¿acaso,
qué esperabais lograr...?

REYNAL. No envilecerme.

ARNALDO. Y sin fruto morir..., ¡joven incauto!

La numerosa y formidable guardia
custodia en derredor este palacio;
nunca el usurpador se encuentra solo;
le guardan dondequier sus partidarios.
Y, cual notaste, siempre receloso,
cuando se deja ver, es rodeado
de sus viles satélites; que el miedo
siempre fue patrimonio de tiranos.
Fuera en vano intentar el sorprenderle...
¿Qué alcanzarás, ¡ay triste!, si obcecado
de tu justicia y vengador enojo,
rienda a tu juvenil esfuerzo dando,
descubrieras tu nombre el duro acero
esgrimiendo sin fruto?... Hecho pedazos
fueras, ¡ay!, al momento... Y qué, ¿tu vida
es sólo tuya?... No; que es del Estado,
de tu hermana infeliz y de la sombra
del grande Alberto. El Cielo aquí te trajo,
no sin fruto a morir, ¡oh amado joven!
A librar a tu pueblo y ser amparo
de una inocente y a vengar a un padre.

REYNAL. ¡Amigo!... ¡Qué! Si objetos tan sagrados
no ocuparan mi mente toda entera,
¿piensas que tolerar tiempo tan largo
pudiera yo?... ¡Jamás!

ARNALDO. Aún hay valientes,
y volarán ansiosos a ayudaros;
el pueblo que, oprimido y taciturno,
sus hierros baña en impotente llanto,
cuando de Eudón comprenda los delitos,
la horrible usurpación, los atentados;
cuando advierta que dobla la rodilla
a un asesino, a un monstruo; horrorizado
el dócil lloro en varonil desnudo
para vengar tu trono, y sus agravios
tornará; y al mirarte a su cabeza,
las brilladoras armas empuñando,

no habrá más tolerar, y en rabia ardiendo
te seguirá do quier.

REYNAL. Amigo Arnaldo,
tus prudentes consejos, la experiencia
del venerable curso de tus años
templan mi arrojito juvenil... Sí, amigo,
asegurar el golpe es necesario,
pues el bien de mi pueblo y mi venganza
depende de él... Mas dime: ¿has avisado
a mi hermana infeliz que, en el momento
que cual suele saliera de palacio
Eudón, viniera a este lugar, y sola?

ARNALDO. Ya está advertida. Mas decid: ¿acaso
intentáis descubrir...?

REYNAL. Es ya forzoso;
temo que el vil Eudón logre su mano
a favor de la bárbara violencia
de su inocente juventud triunfando.
¿No ves con qué premura se prepara
para hoy mismo la pompa y aparato?
Él no cede jamás de sus intentos...
¿Y ella sola pudiera contrariarlos?...
Sepa quién soy, quién es, quién el vil monstruo
que pretende feroz tan torpe lazo,
y dando brío a su sencillo pecho
el encontrar en mí su único amparo,
osará resistir hasta que llegue
el momento que ansiosos esperamos,
y que pronto será. Sí; en cuanto tienda
la ansiada noche el tenebroso manto
ambos iremos con silencio oculto
a buscar a Linel dentro del santo
albergue donde vive. Él de mi padre,
de mi padre infeliz, ¡recuerdo amargo!,
fuer tierno amigo, y la amistad no muere
en pechos do hay virtud. Entre sus brazos
recibirá de Alberto al triste hijo,
que oirá sumiso sus consejos sabios.
Y el de Aquitania a nobles, y caudillos,
y al pueblo, y caballeros, y prelados
convocará en el templo, y todos, todos...

ARNALDO. Ved que Elisa, ¡oh Reynal!, dirige el paso
hacia este sitio.

REYNAL. ¿Elisa?... Yo no puedo
con ella fingir más... Venga a mis brazos.

ARNALDO. Es tan joven, señor...

REYNAL. Pero es mi sangre.

ESCENA II

REYNAL, ARNALDO y ELISA

ELISA. Anhelosa, señor, vuelvo a buscaros
a vos, a quien unió la amistad tierna
al infeliz Reynal. ¡Ay!, vuestro labio
de confusión y de terribles dudas
llenó mi pecho. ¡Oh Dios!

REYNAL. De ella sacaros
es justo, Elisa... ¡Cielos!

ELISA. ¿Qué os detiene?...

REYNAL. Mi ansioso corazón lo está anhelando.
Mas ¿qué esperáis oír?... ¡Ay triste!... Horrores,
y delitos sin fin, que no escucharon
jamás vuestros oídos inocentes.
Temblad...

ARNALDO. Más os valiera el ignorarlos.

ELISA. ¿Qué?... Decid... ¿Los impíos sarracenos
entre martirios a mi triste hermano
le robaron el ser?... Las crueldades,
los horribles tormentos de que usaron
con Reynal infeliz sean patentes
a su hermana... ¡Oh dolor!...

REYNAL. Templad el llanto.
Otras atrocidades más terribles
son las que escucharéis. De vuestro hermano
no lamentéis la muerte.

ELISA. ¡Ay desdichada!
En él perdí mi dicha y todo cuanto
me restaba en el mundo... ¡Ah!... ¿Qué me resta
sino luto y dolor?... ¿Qué?...

ARNALDO. Sosegaos,
que tal vez la divina Providencia
pronto le ha de volver a vuestros brazos.

ELISA. Cuando al reposo eterno de la tumba
me arrastren mi penar y mis quebrantos.

REYNAL. No, tierna Elisa, no...

ELISA. Pues qué, ¿los cielos,
compadecidos de mi lloro amargo,
del mudo seno del sepulcro frío,
le tornarán de nuevo a mis halagos?...
No abusad, ¡ay!, de mi dolor...

REYNAL. ¡Elisa!
Consuélate, ¡inocente! Oye: tu hermano
vive...

ELISA. ¿Vive Reynal?... ¡Oh Dios eterno!
¿Por qué queréis de mi aflicción burlaros?

REYNAL. Vive.

ARNALDO. No lo dudéis; vive, señora.

ELISA. ¿Qué decís?... ¿Cómo?... Venerable Arnaldo...,
y vos, ¡oh caballero!, ¿no habéis sido
el que la nueva de su muerte trajo?
¿Por qué contradecís?... ¿A esta infelice...?

REYNAL. ¡Ay Elisa!...

ARNALDO. Señora...

REYNAL. Sí; tu hermano

vive, y el yugo atroz del sarraceno
logró romper; y el poderoso brazo
del dios de las venganzas le ha traído
por ministro de cólera y estrago
al señor de Aquitania, y animoso
será tu vengador, será tu amparo,
y aquí le tienes, dulce hermana mía.

Mírame: Reynal soy; llega a mis brazos.

ELISA. ¿Es sueño?... ¿Tú, Reynal?

ARNALDO. Él es, señora.

ELISA. ¿Él es? ¿Él es? ¡Oh cielos!... ¡Ay hermano!,
¡hermano de mi alma!... ¡Oh gozo!

ARNALDO. ¡Oh día,
de horror a un tiempo y de placer!... ¡Oh cuadro
el más grato a mis ojos!...

ELISA. Reynal mío

¿por qué, di, tan cruel, tan inhumano
este dulce momento a mi ternura
y a mi fraterno amor has retardado?

REYNAL. Llega otra vez a mi agitado seno,
¡ay adorada Elisa!... El Cielo santo
sabe lo que ha costado al pecho mío
fingir contigo, ¡oh Dios! Pero mi labio
ora el secreto horrible, que aún ignoras,
te hará patente, y temblarás.

ARNALDO. ¡Acaso
puede volver Eudón, señor!

REYNAL. Tú, alerta,
observa cuidadoso, y en notando...

ARNALDO. Descansa en mi lealtad.

ESCENA III

REYNAL y ELISA

ELISA. ¡Cruelles dudas!

¿Cómo, amado Reynal, cómo has logrado
romper el yugo y bárbaras cadenas?...

¿Por qué, di, entre los tuyos disfrazado?

¿Por qué tanta cautela?... ¿Tanto sustento?...

¿Tamaña turbación? ¡Ay!... Yo no alcanzo...
REYNAL. Escúchame, infeliz: oye la historia,
la historia horrible y el destino infausto
de tu triste familia malhadada.

Voy a rasgar el velo ensangrentado
que en torno te circunda... Oye delitos,
reconoce el furor del pecho humano.

ELISA. Acaba...

REYNAL. Eudón, Eudón, ese perverso...

¿Ves este acero?... Pues el Cielo santo
le dio para instrumento de venganza
a esta diestra, que abrir está anhelando
con él su aleve pecho, y a esto sólo,
y a nada, a nada más, a su palacio
vuelve Reynal.

ELISA. ¡Reynal! ¡Cielos! ¿Qué dices?

REYNAL. Él me vendió a los persas por esclavo,
él aumentó mis hórridas prisiones,
él, el pérfido fuer que, emponzoñado
de ambición y de envidia el pecho infame,
armó alevoso la traidora mano,
que a tu padre infeliz, al grande Alberto,
hundió inclemente en el sepulcro helado.

ELISA. ¡Qué horror!... ¡Tantos delitos!... ¿Es posible
que cabe tal furor en pecho humano?

¿Qué más hicieran los feroces tigres?...
¿Y a ese monstruo cruel los dulces lazos
del himeneo...? ¡Ay triste!... El pecho mío
de un oculto terror, aun de mirarlo
sobrecogido estaba... Era la sangre
de mi padre infeliz... ¡Oh dulce hermano
¡Oh secreto fatal!

REYNAL. ¿Tiemblas?... Escucha:
no vil temblor, esfuerzo es necesario.

Ya llega el día, el día de venganza.

ELISA. ¿Y su poder?

REYNAL. ¿Qué importa?... Los tiranos
nunca tiene poder que los liberte,
cuando hay virtud y un decidido brazo.

ELISA. Pero dime, Reynal: ¿cómo supiste
en cautiverio tan penoso y largo...?

REYNAL. Nunca duran ocultos los delitos,
que es fuerza tengan su debido pago.

El traidor Clariñac, que era un perverso,
del vil Eudón ministro sanguinario,
que me entregó a las bárbaras cadenas,
que fraguó el horroroso asesinato,

cautivo fuer por fin, que nunca el Cielo
deja sin su castigo a los malvados.
En las hondas mazmorras de Solima
cabe mi los infieles le aherrojaron,
y allí arrastró la mísera existencia
en silencio tenaz algunos años.
Hasta que el filo agudo de la muerte
dio justo fin a su maldad, y estando
en las postreras ansias, oprimido
de sus negros delitos y arrojando
horrísonas y bárbaras blasfemias,
me descubrió el horrible asesinato
y rindió el alma vil... Desde aquel punto
mi pecho en ira ardió, y horrorizado,
juré justa venganza... Sí; venganza.
Y en el silencio de la noche, acaso
más, de una vez, el sanguinoso espectro
de mi padre infeliz se ha presentado
a mi agitada y angustiada mente,
lívido y yerto, la venganza ansiando.
Y vengado serás, ¡oh padre mío!,
y vengado serás, que ya a mis brazos
no oprimen los pesados eslabones,
ya los pude romper, y en tu palacio
estoy, en tu palacio, que profana
tu aleve matador... ¿Y ya qué aguardo?
¿Aún vive?... ¿Y libre estoy?...

ELISA. ¿Dónde te arrastra
tu dolor?... ¡Infeliz!... Detén el paso.
¿Dónde vas?... ¿Dónde vas?...

REYNAL. A la venganza.

ELISA. ¡A morir!... ¿Tu peligro, triste hermano,
no ves?... ¡Ay!... ¿Y me dejas?...

REYNAL. Sólo veo
el cadáver sangriento y destrozado
de mi padre infeliz, que sangre anhela,
ya mi tardanza tímida culpando.

ELISA. ¿Dónde tu justa cólera te lleva?
¿No ves que estás en los fraternos brazos?...
¿No ves que eres mi escudo?

REYNAL. ¡Oh Dios!... ¡Elisa!...
¿Eres tú...? Sí...; mi hermana... El ser tu amparo
puede tan sólo contener mi arrojito.
Por ti guardo mi vida... Es necesario
el golpe asegurar... Elisa mía,
jura beber la sangre del tirano
y estrechada a mi seno en ira horrenda

sin advertir mi amor feroz, vengarlo.

Acto cuarto

ESCENA I

EUDÓN y LINSER

EUDÓN. La violencia; Linser; no hay más partido.

Ni el haber escuchado la noticia
ya cierta de la muerte de su hermano,
ni mi anheloso afán, ni mis caricias,
ni de mis reflexiones y consejos
el grave peso y persuasión continua
la convencen. Y es fuerza que esta noche
jure ante los altares el ser mía.

Ya no hay más dilación. La luz primera
mi esposa la ha de ver, y a la hora misma
que de Reynal la muerte se publique,
publíquese mi enlace.

LINSER. Pero ¿a Elisa
le has propuesto otra vez...?

EUDÓN. Esta mañana

le hablé, cual sabes, a tu propia vista,
y notaste también su repugnancia.

Pero no la extrañé; como nacida
de su costumbre al claustro y al retiro,
y esperaba que al cabo lograrían
mis palabras, mi amor y la dulzura
a mi pasión y voluntad rendirla.

Después, dos veces, la busqué, y en ambas
la he encontrado, Linser, tan decidida
y tan diversamente repugnante,
que no sé qué pensar. Cuando creía
que al ver perdido a su infeliz hermano
se decidiera a mis instancias finas,
la encuentro más tenaz. Después que supo
este suceso, que mi cetro afirma,
y que se desahogó su sentimiento,
torné a instarle amoroso. Pero Elisa,
al escuchar de nuevo mis razones,
la grandeza y poder que lograría
con mi mano y el trono, y de este fuego
que arde en mi corazón la llama viva,
en mí clavó los ojos, y agitada

de temor y sorpresa, las mejillas
pálidas inundó de lloro amargo,
sin contestar a las razones mías.
Ahora volví a encontrarla, y cuando apenas
el labio abrí, diciéndole: «¡Oh mi Elisa!,
no tan cruel a la pasión violenta
que arde en mi corazón, dura resistas.»
Feroz clavó sus ojos en los míos;
se estremeció después, turbó la vista,
y luego, no, Linser, ya con dulzura,
con aquella dulzura y voz sumisa
con que hablaba otra vez, sino animosa,
y casi con osada altanería:
«Señor -me dijo-, basta. Esas palabras,
esa expresión de amor, esas caricias
dejad: impropias son en vuestro labio,
e insultan mi dolor y mis desdichas,
mientras más pienso en mi infeliz estado,
más el mundo y los hombres me horrorizan.»
LINSER. ¿Así dijo, señor...? Que tan mudada...
EUDÓN. Sí, tan mudada está. Ya no es Elisa
aquella joven, inocente y tierna,
que, agradeciendo, humilde, mis caricias,
con respeto amoroso me miraba.
Aquella amable joven que, expresiva,
me rogaba tornarla a su retiro,
orlada en candidez su frente linda.
Ya no... Dura altivez en su semblante
y fiero orgullo en sus miradas brilla.
¡Tal es mi suerte, amigo, que mis gustos
jamás completos son...! Sí, mi sobrina,
indomable, desprecia el amor mío.
Ya perdí la esperanza de rendirla...
¡Oh destino cruel!... Con su esquivanza,
con su altivo desdén, más me cautiva.
Mi pecho es un volcán que me consume.
Sí, Linser; la ambición, aquella activa
pasión que de mi pecho era el tirano,
y que a tanto delito me inducía,
ya cede su lugar al amor solo
en este corazón. Di: ¿lo creerías?...
Lo digo a mi pesar...
LINSER. ¡Señor!... Me pasma.
EUDÓN. Y el confesarlo a mí me ruboriza.
Lástima ten de mi infeliz estado...
Mi absoluto poder, que hoy se autoriza
con el fin de Reynal; el alto solio,

que tanto un tiempo ansié, y hasta la vida,
gozoso, diera por su amor, gozoso,
por ver más grata a la indomable Elisa.
Mas ¿dó este frenesí me arrastra?... Aun puedo
abrigar la esperanza... Di: ¿imaginas
que aún podrán mis halagos...?

LINSER. Yo...

EUDÓN. ¿Qué juzgas?

¿En su pecho tal vez...?

LINSER. Reinara podría
alguna otra afición.

EUDÓN. ¡Eh!... Tus palabras
son veneno, cruel... La tierna Elisa
no conoce el amor... ¿En el retiro
del claustro cómo quieres...?

EUDÓN. ¿Quién se libra
de sus tiros, señor? No hay un asilo
do no penetren sus ardientes viras.

EUDÓN. ¿Y qué, Linser?...

LINSER. Señor, en este pecho
la lealtad hacia vos siempre se anida.
Y no os debo ocultar lo que mis ojos
han visto.

EUDÓN. Acaba. ¿Qué?...

LINSER. Vuestra sobrina
ama a Clonard.

EUDÓN. Es bárbara impostura.

LINSER. La he visto en sus brazos.

EUDÓN. ¡Negra ira!
¿De Clonard? ¿De ese joven? ¿Dónde? ¿Cuándo?...

LINSER. La conmoción que vuestro seno agita
calmad, señor, y oídme. Ha corto tiempo
que en busca vuestra a este lugar venía,
y de ese joven la encontré en los brazos,
prodigándole halagos y caricias.

Percibir quise en vano sus palabras,
pero que eran de amor bien se advertía.
La expresión del semblante, el vivo fuego
de sus ojos, la tez de sus mejillas,
empapadas tal vez de dulce lloro,
de amor pintaban la pasión más viva.
Escucharon mis pasos, y al momento
cobarde huyó Clonard, quedando Elisa
en muda turbación. Yo, aparentando
no haber notado nada, ante su vista
me presento. Pero ella, consternada,
trémula, sin aliento, sorprendida,

descuidarse tal vez...? No... Fiel, vigila
por mi seguridad... ¿Y por ventura
de Reynal partidario, acaso espía
este joven será?... ¡Duras sospechas!...
¡Con qué aspereza habló!... ¡Cuánta osadía
manifiesta su faz!... Más no es posible
un seductor infame, que de Elisa
pervierte el corazón... ¿Y esta infelice
mi amor desecha y otro amor abriga?...
¿Dó mi pasión me arrastra?... Mas ya viene
para aclarar mejor la trama inicua.
Sagacidad y astucia es necesario.

ESCENA III

EUDÓN, ELISA y LINSER

EUDÓN. Llega, llega sin susto; ven, mi Elisa.

¿Goza la calma tu inocente pecho?...

¿Estás más sosegada, más tranquila?...

Sí, tu faz apacible lo demuestra.

¿Se ha convencido ya tu alma sencilla
de que rehusar no debes mi cariño?...

Pero... ¿callas?... ¿Y tiembblas?... ¿Y suspiras?...

¿Qué manifiestas, dí?...

ELISA. ¿Por qué pretendes

aumentar mi dolor?... ¿Por qué tu vista

saciar en mi aflicción y amarga pena?

Yo, blanco de pesares y desdichas,

a la par que conozco más el mundo,

mi alma con más vehemencia lo abomina.

¡Oh claustro silencioso..., dulce albergue
de inocencia y virtud!

EUDÓN. Y bien, Elisa:

mi paternal ternura, mi cariño,

a hacer feliz tu suerte sólo aspiran.

No es extraño que lágrimas copiosas

inunden hoy tus pálidas mejillas.

Que eres hermana al fin. Pero ¿esta pena

eterna en ti ha de ser?... No; la alegría

renacerá en tu alma, pues disgusto

no hay que del tiempo a la impresión resista.

Ya lo conocerás. Por eso extraño

que una joven amable y tierna y linda

clame con tal afán por el retiro,

y en él anhele sepultar sus días.

Tu deudo soy, tu amigo el más sincero;

no quiera el Cielo que jamás te oprima;

mi conato es tu bien. Y así, te pido

ESCENA IV

EUDÓN y ELISA

EUDÓN. Joven traidora,
que dio a la seducción grata acogida,
tiembla por ti, y a un tiempo por tu amante.
¿Quién es...? Dime: ¿quién es...?

ELISA. En vano aspiras
a saberlo de mí; pronto tú mismo
temblando lo sabrás.

EUDÓN. Perversa Elisa,
tu crimen te envanece. ¡Desdichada!...
Allí viene... ¡Infeliz!... ¡Oh negra ira!

ESCENA V

EUDÓN, ELISA, REYNAL y LINSER

EUDÓN. Mira, vil seductor; mira, ahí la tienes.
Miserable infeliz, al joven mira
objeto de tu amor... Ambos el premio
veréis de vuestra infame alevosía.

REYNAL. Modera ese furor, monstruo inhumano.
Teme mi nombre y la venganza mía.

EUDÓN. ¿Quién eres tú que, altivo, me amenazas?...
Di, infame seductor; dilo: ¿imaginas
que hablas con un tu igual?

REYNAL. Si conocieras
al que insultas, tirano, temblarías.

EUDÓN. ¿Qué?...

ELISA. Calla, por piedad... ¡Ay!

EUDÓN. ¡Cómo! ¡Aleve!
¿Al silencio le exhortas, fementida?

ELISA. ¡Ay!...

REYNAL. Vil usurpador...

EUDÓN. Guardias, Rugero,
Claremont..., venid todos.

REYNAL. ¿Por qué gritas?...
¿Saber quieres quién soy? Soy quien tu sangre
beber anhela ansioso... ¿Te horrorizas?...
Ya no hay más tolerar..., no, que este acero
(Saca la espada y se arroja hacia EUDÓN.)
es un rayo que el Cielo te fulmina.
¡Muere!

ESCENA VI

EUDÓN, REYNAL, ELISA, LINSER. y GUARDIAS

EUDÓN. (En ademán de huir con gran pavor.)
¡Linser!

REYNAL. (A los guardias, que en cuanto entran le rodean y detienen.)

¡Traidores!

ELISA. ¡Ay hermano!...

Ved que es vuestro Reynal.

EUDÓN. Guardias, mentira.

LINSER. ¡Qué escucho!

ELISA. Reynal es...

REYNAL. Sí; el tirano

que os oprime es Eudón.

EUDÓN. Esa arma inicua

no vea yo jamás, nobles soldados;

ved que es un impostor... Hace un momento

que en su labio escuchasteis la noticia

del fin funesto de Reynal, y ahora...

Ved su maldad patente...

ELISA. ¡Suerte impía!

REYNAL. Aquitanos...

EUDÓN. ¡Eh! Basta; no escuchadle.

A ese infeliz, que tan aleve intriga

osó fraguar, y que la gloria y nombre

de vuestro noble príncipe se aplica,

húndelo tú, Rugero, en el instante

de aqueste alcázar en las hondas minas.

ELISA. ¿Así a vuestro señor...?

REYNAL. Ceder es fuerza.

EUDÓN. Claremont, arrebatá a mi sobrina

de los impuros brazos de su amante.

Condúcela a su estancia y, fiel, vigila

todos sus pasos... ¿Qué os detiene, amigos?...

Cumplid sin más tardanza la orden mía.

Arrastradlo de aquí, llevadle a donde

sobre él descargue el brazo mi justicia.

ELISA. ¡Cruel!...

REYNAL. ¡Que así profanen los tiranos

tan sacrosanto nombre!... ¡Tierna Elisa!...

No importa; sí, llevadme... El justo Cielo

que, benigno, a los buenos apadrina,

me arrancará de la prisión horrenda

para vengar tu crimen fratricida.

(Hace una demostración de horror Eudón, y la mitad de los guardias se llevan por un lado a Reynal, y la otra mitad a Elisa por otro diferente.)

ESCENA VII

EUDÓN y LINSER

EUDÓN. ¿Qué es esto? ¿Dónde estoy? ¿Quién me ha vendido?

Traición, traición, Linsér. ¡Aciago día!

Sí, Reynal es... Su arrojo, su denuedo,
el furor que en su frente y ojos brilla,
y la sed de venganza que le ahoga,
y el pánico terror que me horroriza
al recordar su tronador acento,
que es Reynal claramente patentiza...
Yo tiemblo..., ¡oh confusión!... Linser..., amigo,
¿qué insano frenesí mi pecho abriga?
Van a quedar patentes mis delitos,
voy a perder el cetro y fama y vida,
y me abrasa el amor..., Linser; me abrasa
en este momento..., en la hora misma
en que el Cielo mi frente amenazando
el rayo vengador airado vibra;
de mi pasión la llama vividora
me turba el alma, el corazón me agita...
¿Mas qué pronuncio?... ¡Oh vil traición! ¡Oh cielos!
¡Ella será tal vez!... Di: ¿será Elisa
la que en premio a mi amor habrá forjado
mi exterminio fatal y mi ruina?
¡Qué voz..., qué acero, ¡oh Dios!..., ¡qué llama horrenda
arde en su seno atroz!... Y fratricida
me dijo..., sí, Linser; tú lo escachaste...
¿Mas dó mi espanto, adónde me extravía?...
¿Juzgas tú que es Reynal?
LINSER. Él es, no hay duda.
EUDÓN. ¿Y ha de triunfar de mí?... Jamás..., ¡oh ira!
En mi poder está...; muera al momento.
De su padre infeliz las huellas siga.
LINSER. ¡Señor!
EUDÓN. No hay otro medio: hierro y sangre
guarden mi cetro y la existencia mía.

Acto quinto

ESCENA I

ELISA, sola

ELISA. ¿En dónde le hallaré?... ¿Dónde mis pasos
dirigiré en su busca?... ¡Desdichada!
¿Qué intento?... ¡Ay infeliz!... ¿Por qué la suerte
rompió el terrible yugo que enlazaba
tu amado cuello, ¡oh Dios!, para entregarte
de estos verdugos a la atroz, venganza?...
Tal vez no existes ya...; tal vez la mano

que en la paterna sangre se empapara
habrá hundido, sañuda, el hierro impío
en tu seno, ¡ay hermano!, yo la causa
fuí de tu perdición. ¡Destino adverso!
¡Y el pueblo lo consiente?... ¿Y Aquitania
sufre tranquila que en su seno sea
sacrificado su señor? ¡Oh alta
justicia de los cielos!, ¿lo toleras?...
¡Traidores!... ¿Dónde voy, desventurada?...
A morir con Reynal... Mas ¿quién se acerca?...
¿Yo sola en este sitio?... ¿Do me arrastran
mis desdichas?...

ESCENA II

LINSER y ELISA

LINSER. Señora.

ELISA. ¿Quién? ¡Oh espanto!

LINSER. ¿Dónde, infelice, vais?... ¿De vuestra estancia
cómo osasteis salir?... Con tal peligro,
¿qué esperáis alcanzar?...

ELISA. ¡Ay Linser!... Nada,
nada me arredra. Di: ¿vive mi hermano?
Sólo salvarle...

LINSER. Detened la planta.
Escuchadme, señora: yo, yo he sido
de este infortunio, sin querer, la causa.
Yo..., ¡Elisa!..., ardo en amor; el pecho mío
es un volcán, cuya espantosa llama
me devora...; yo os amo, y negros celos
en mí vertieron su ponzoña insana.
Perdonadme un error...; yo vuestro escudo
seré. Mi brazo y mi tajante espada
de vuestro hermano son... Mas, ¡ay!, al menos
mirad sin ceño mi pasión, no ingrata
burléis de mi dolor...; yo la existencia
defenderé de vuestro hermano.

ELISA. Basta
no más, hombre cruel; tú, partidario,
satélite del bárbaro que osara
tanto delito cometer, ¿pretendes
engañarme a la par con tus palabras?
¿Qué fe, dime, tener puedo en tu brazo,
en tus ofertas, di, qué confianza?

LINSER. Señora, ¡oh Dios!..., aunque mi negra suerte
con ese monstruo bárbaro me enlaza,
jamás, jamás, ministro de sus iras,
en sangre vi mis manos salpicadas.

Si no pude oponerme a sus furores,
nunca los aplaudí. La ardiente rabia
de una sospecha vil me hizo perverso.
Me hizo vil delator..., mas a tus plantas
perdón imploro ya.

ELISA. Y aunque tus manos
en la inocente sangre no mancharas,
dime: ¿a la usurpación nos has cooperado
y a la opresión y engaño de la patria,
hollando la lealtad y la justicia?...

LINSER. ¿Y qué en lidiar contra el poder lograra?

ELISA. Ser bueno y virtuoso: el que sostiene
del malvado el delito, y medra, y calla,
es también delincuente.

LINSER. En desagravio
la libertad, la vida, la venganza
de Reynal..., ¡ay!..., Eudón, Eudón, ¡oh cielos!
¿si habrá escuchado acaso mis palabras?...

ELISA. Ese temor es un delito.

ESCENA III

ELISA, LINSER y EUDÓN

ELISA. ¿Adónde,
tirano, vas..., adónde?... ¿Aún no te sacias
de crímenes?... Si sangre sólo anhelas,
sangre de tu familia malhadada,
vierte la mía, cruel. Hunde en mi seno
con risa fiera la brillante daga.

EUDÓN. ¿Me pensabas burlar, altiva joven?
¿Cómo salir osaste de tu estancia?
¿Qué intentas, infeliz?... Esfuerzos vanos
contra de mi poder. Ya tu esperanza
rendida está a mis pies... ¿En quién confías?
¿De quién socorro, por ventura, aguardas?

ELISA. Del Cielo vengador; ¡monstruo, asesino!

EUDÓN. ¿Qué osaste pronunciar?... Tiembla, insensata.

ELISA. El crimen tiembla, la inocencia nunca.

EUDÓN. ¡Eh!... ¡Basta de altivez, desventurada!
En mi poder estás, y está en prisiones
el mal aconsejado que intentaba
arrancarme del trono... ¡Miserable!...
Su juvenil arrojo, ¿qué lograra?...

ELISA. ¡Cielos..., cielos!... ¿Lo veis?...

EUDÓN. ¿Qué me detengo
en escuchar inútiles plegarias?

Tu hermano va a morir.

ELISA. ¿Qué escucho? ¡Cielos!

¡Oh Dios!... ¡Monstruo!

EUDÓN. Terrible le amenaza
este puñal. (Saca un puñal.) ¿Lo ves?...

ELISA. ¡Qué horror!... ¡Soldados,
aquitanos, venid..., libradle!...

EUDÓN. ¡Calla!

¿Qué logran tus acentos impotentes,
que en estos altos artesones vagan
y se pierden sin fruto?... La voz mía
tan sólo se obedece en Aquitania...
Mas ¿por qué tardo? En su iracundo pecho
escóndase este acero al punto... Nada,
nada le puede ya salvar...

ELISA. ¡Ay triste!

¡Señor..., saciad en mí tan ciega rabia!
Ensangrentad, ensangrentad la diestra
antes en este seno... A vuestras plantas
vedme rendida, sí; dadme la muerte,
dádmela, por piedad... ¿Qué os acobarda?...
¿Qué teméis a Reynal? ¿Entre prisiones
no le tenéis seguro?... ¿Ya no enlazan
su cuello juvenil, sus tiernos brazos,
las hórridas cadenas?... ¿Y no basta?
Hundidme a mí con él en la honda sima,
de ella jamás el desdichado salga,
pero que viva al menos, y, entre tanto,
sed el dueño absoluto de Aquitania,
sin abrigar temor. Mas si os ahoga
sed a sangre, bebed la de su hermana.
¿Qué os detiene?...

EUDÓN. ¿Qué es esto?... ¿Me abandona
mi esfuerzo a la impresión de sus palabras?

ELISA. Herid, herid..., cruel.

EUDÓN. Escucha, Elisa:

¿quieres la vida de Reynal?... Lograrla
tan sólo a ti te es dado.

ELISA. ¡Señor!... ¡Cielos!...

¿Yo salvarle?... ¡Gran Dios!

EUDÓN. Sí; se desarma
mi cólera violenta a tu atractivo.

Ven al momento, júrame en las aras
tu amor y fe, y el nudo de himeneo
enlace para siempre nuestras almas,
y vivirá Reynal.

ELISA. ¿Qué pronunciaste?...

¡Oh vil verdugo!... ¡Oh fiera sanguinaria!...

¿Yo mi diestra enlazar con esa diestra

de la paterna sangre salpicada?...
¡Qué horror! ¿Yo unirte a ti? ¡Cielos! ¡Malvado!
¡Parricida!... ¡Jamás! ¡Cuál me gritara
desde el mudo silencio de la tumba
de mi padre infeliz la sombra airada!...
Antes rotas las bóvedas celestes
contra mí lancen su tremenda llama...
No, padre, no; ¡jamás!

EUDÓN. ¿Jamás?... Pues muera.

ELISA. ¡Justo Dios!... Socorredle.

EUDÓN. Elige, ingrata.

O mi mano, o su muerte ¿No respondes?
¿Brillan tus ojos de furor? ¿Y callas?...
Muera, pues tú lo quieres... Linser, toma,
toma este acero, corre, en las entrañas
del infeliz Reynal húndelo al punto.
De tu amistad confío mi venganza.
Vuela, no tardes.

ELISA. ¡Ay Linser!... ¡Oh cielos!

Espérate, verdugo.

EUDÓN. Linser, marcha.

ESCENA IV

EUDÓN y ELISA

ELISA. ¡Linser..., Linser!... Ministro de un tirano,

¿cómo no has de albergar lodo y falacia?

¡Ay hermano infeliz!... Cruel... ¿No temes

la justicia de Dios?... ¿No te acobarda

tanto delito?... Di, ¡feroz verdugo!...:

¿No ves el mar de sangre en que naufragas?...

Linser..., traidor... Reynal..., Reynal..., tu vida...

Sí..., vive..., vive a costa de tu hermana...

Vamos, monstruo, al altar. ¿Qué más pretendes?

A mi hermano infeliz, por piedad, salva.

EUDÓN. ¡Qué tarde!... Tal vez ya no será tiempo...

Elisa, Elisa... ¡Ay Dios!

ELISA. Sí...; corre..., llama

a Linser... ¿No adviertes... qué alarido?

EUDÓN. ¿Qué terrible rumor...?

ELISA. ¡Ay, vuela!...

EUDÓN. Aparta.

¿Qué nueva confusión...?

ELISA. ¿Que ya no existe?...

EUDÓN. ¿Qué estruendo...? ¿Quién se acerca? ¡Cielos, guardias!

¿Ya la fortuna airada me abandona,

y el brazo eterno sobre mí descarga?

ESCENA V

EUDÓN, ELISA y LINSER, que sale herido en brazos de los guardias

EUDÓN. Linsér... ¿Qué miro?... ¡Cómo!

LINSER. Sí, malvado;

ya el Cielo vengador sus rayos lanza;
de haber sido tu amigo me castiga,
y al sueño eterno tu amistad me arrastra.

ELISA. ¿Y Reynal?...

LINSER. Escuchadme: a la honda cueva

donde era su prisión me aproximaba,
no a cumplir tus decretos sanguinarios,
sino a cumplir, ¡oh Elisa!, mi palabra,
cuando escucho alaridos horrorosos,
que Reynal y Reynal sólo clamaban,
y al punto miro al pueblo enfurecido
las puertas quebrantar del alto alcázar
con Arnaldo y Linel, que a su cabeza
su arrojo alientan, su furor exaltan.

Penetraron los fosos y rastrillos,
arrollando do quier tus fieles guardias,
y al verme a mí, «¡Mirad, mirad su amigo!»,
gritan, y esgrimen las terribles armas,
y no aprovecha el ruego ni la fuga,
que en pos de mí la multitud se lanza,
y me hiere y prosigue furibunda
en busca de Reynal...

EUDÓN. ¿Qué escucho?... ¡Oh rabia!...

LINSER. Elisa, perdonadme; mi delito
es haber sido débil... Ya me falta
la fuerza... ¡Ay Dios!...

EUDÓN. Llevad a ese infelice
do lejos de mi vista rinda el alma.

No escuchemos de un débil moribundo
la lastimera voz.

(Se lo llevan parte de los guardias.)

ESCENA VI

EUDÓN, ELISA y GUARDIAS

EUDÓN. Vuestras espadas

en mi defensa son, fieles soldados.
Si los viles cobardes que guardaban
las puertas no supieron en mi auxilio
cómo debieran manejar la lanza,
vosotros, que sois nobles, que a mí solo
debéis riqueza, honor, poder y fama,
ayudadme a humillar el desenfreno
de esa plebe infeliz, que está engañada

por un necio impostor...

ELISA. Y qué, ¿aun le insultas?...

Teme el poder de Dios, que te amenaza.

EUDÓN. Quitá, y no más mi cólera provoques,

ELISA. ¿Intentas resistir?... ¿Dó te arrebatá tu cólera?... ¿Aún más sangre?... Cede, cede a la justicia... Evita la venganza del pueblo y de Reynal... Huye... Yo ofrezco conseguir el perdón...

EUDÓN. ¡Perdón!... ¡Oh infamia!

Muerte, muerte no más. Aún el Destino nuevos triunfos tal vez grato me aguarda.

Mas ya se acercan..., ¡oh furor!... Soldados...

ESCENA VII

EUDÓN, ELISA, GUARDIAS, REYNAL y ARNALDO.

PUEBLO

Entran más guardias huyendo del pueblo

ELISA. ¡Justo Dios!...

REYNAL. Esperad; a la venganza tan sólo basto yo.

EUDÓN. (Se esconde entre sus guardias.)

Guardias, ¡matadle!

PUEBLO. ¡Muera!

REYNAL. Esperad.

PUEBLO. Perezca con su guardia, si le defiende.

REYNAL. No; no haya más sangre que la suya.

ELISA. ¡Ay hermano de mi alma!

REYNAL. Tirano, ven. ¿Adónde estás, tirano? ¿Por qué te escondes? Ven...

ELISA. ¡Reynal!

REYNAL. Aparta.

ARNALDO. (Adelantándose y conteniendo a REYNAL.)

Soldados, ¿defendéis a ese perverso?

Ved que es usurpador. Ved que manchada en la sangre de Alberto está su diestra.

Abandonadle, pues. Dejad las armas, que no son para apoyo de tiranos, sino para defensa de la patria.

Este es vuestro señor.

(Señalando a REYNAL.)

PUEBLO. Reynal lo es sólo.

GUARDIAS. Pues a Reynal seguimos.

(Se van al lado del pueblo, abandonando a EUDÓN, a cuyo lado quedan los dos jefes de ella.)

